

El ángel caído (1)

Marco Antonio Díaz Plaza



Capítulo 1

El ángel caído

Por: Marco Díaz

Fue el tercer miércoles de febrero cuando a las 12 pm del día un ángel se dio de bruces contra el pavimento de la avenida. Su cráneo se desparramó contra el pavimento: por allá un ojo, por allá la lengua, por allá el otro ojo, etcétera, de su rostro solo quedaron los pedazos.

Esa tarde yo venía de regreso de la iglesia, mi mamá acostumbraba a llevarnos en punto del medio día a que el padre nos pusiera la marca de ceniza en la frente; no esperábamos que justo en la esquina de la Iglesia de la salud este ángel cayera de repente.

Justo cuando me habían puesto la cruz escuchamos como algo caía y se rompía de sopetón: una mujer, con el rebozo en su cabeza, gritó muy fuerte, pues un pedazo de la mandíbula le había ensuciado sus zapatos nuevos de charol; otro hombre, con las lagañas secas aún en los ojos, gritó a todo el mundo ¡Auxilio, alguien cayó del cielo! Y de pronto todos los que encaminamos una fila al pedestal del padre ya nos encontrábamos afuera.

Al principio todos dimos un grito: las mujeres se cubrieron el rostro, los hombres las abrazaban y les besaban sus mejillas y los niños fueron a un árbol a arrancar una varita de un árbol hasta dejarlo pelón para poder picar el hombre-ave que se encontraba en el suelo.

De entre la multitud salió el padre José quien rápidamente se bendijo y se sentó a rezar en pies de aquel sujeto muerto. Mi madre Dolores quería que nos fuéramos, pero nunca puso iniciativa de empezar la marcha fuera de la multitud: mientras todos estaban afuera, alguien aprovechó el suceso para robarles todas las carteras a los bolsos que se encontraban en las butacas; de paso el borracho del pueblo se acercó con prisa a la mesa donde el cura había dejado la copa con vino y aprovechó para beberse todo el contenido, del cual opinó que sabía a uno corriente que probó en un cartón como de leche.

La noticia del ángel llegó rápidamente a los alrededores y de la nada un tumulto de gente llegó, todos portaban en sus manos el trapo con el que limpiaban las mesas para remojarlos en el charco de sangre que había dejado la explosión del cráneo del ángel; a otros se les ocurrió hacer un espanta-sueños con las plumas de sus alas; uno se dio cuenta que las ropas del ángel estaban cocidas con un hilo de oro, el cual se dedicó toda la tarde a deshilar; uno, aún más astuto, organizó una fila entorno al ángel para que se tomaran un fotografía para recordar aquel momento

histórico que el cielo dejó caer a uno de sus hijos.

Mi madre, era una mujer muy astuta, y cuando se percató que todos tomaron provecho de aquel maravilloso suceso, propuso que cortáramos las uñas del ángel y las guardamos en frascos, quizá con eso algún científico se animaría un día a clonarlo y el mundo se propagaría ahora de seres alados que deambulan por los cielos muy cerca de dios; pero, por si ponían muchos peros, le metió los dedos en la nariz que estaba cerca de la entrada de la iglesia para cortar unos cuantos vellos y soplarle los mocos.

una tarde completa el ángel se había reducido a una mancha húmeda en el suelo del cual el cura tomó provecho para decir que su iglesia sería por siempre y para siempre la tumba de un ser divino y con eso la gente de otros pueblos preferirían ir a su recinto que al de otros y quizá también a los de otras creencias les podría cobrar aunque sea unos pesos por asomarse a ver la mancha.

Al día siguiente pensé que tan solitario debía sentirse aquel ángel en el cielo como para terminar así con su vida, he escuchado hablar a muchos que se portan bien para poder trascender a las nubes; pero ahora me doy cuenta que la soledad de estar ahí quizá no sea la mejor forma de pasar la eternidad; pero aún soy solo un niño para pensar en esas cosas, mejor me voy a divertir con la canicas-dientes que los niños juegan en el parque.